





FRANCISCO MORA
—
SANTA ANA
CORDOBA

25

D
1
5178

10225

TRADUCCIONES
DE
POETAS LATINOS



870.8
B

TRADUCCIONES

DE

POETAS LATINOS

POR

D. FRANCISCO DE BORJA PAVÓN

*Académico correspondiente de la Española,
Comendador de la Orden de Alfonso XII, Cronista
que fué de Córdoba, etc.*



MADRID
DE LA REVISTA DE ARCHIVO
Instituto, núm. 41.
1977



R^o 4563



MUCHAS de estas traducciones se publicaron en vida del autor en diversos periódicos ó almanaques literarios; las otras permanecían inéditas. Recientemente se han publicado todas, por indicación de D. Marcelino Menéndez y Pelayo, en la *Revista de Archivos, Bibliotecas y Museos*; de ella, con leves variantes de forma, procede esta corta edición de sólo 200 ejemplares.

HORACIO

A MECENAS

Mæcenas, atavis edite regibus.

(LIB. I, OD. I.)

DE la alcurnia de Reyes oriundo,
Mecenas, dulce amparo y gloria mía:
Hay quien se aplace en recoger el polvo
De la carrera olimpica con su carro:
Y la salvada meta, que rehuyera
El rápido rodar, y noble palma,
A la mansión de dioses le remonta,
Que á la tierra humillada señorean.
A este, de los magnates móvil turba
Ansiando el galardón, en lid constante
De premios por seis veces proclamados;
A aquel, si encierra en sus avaras trojes
Cuanto se barre de las eras libias;
Con su azada en abrir, ufano, el suelo,
Ni del potente Atalo con tesoros
Le has de mover para que en nao de Chipre
Hienda el mar de Mirtoo, cobarde nauta.
Al Abrego que lucha tempestoso
Con las Icarias ondas el mercante

Teme, y el ocio y los feraces campos
De su ciudad alaba; pero luego
Se apresta á reparar las rotas quillas,
Indócil á sufrir pobreza amarga.
Hay también quien los sorbos no desdeñe
Del Másico vetusto, y robe al día
Luengas horas, tendido so la sombra
De algún madroño, murmurar oyendo
El raudal claro de sagrada fuente.
Gratos á muchos son los campamentos
Y de clarines y trompetas rudas
El alternado son, y las batallas,
Del corazón materno aborrecidas.
Suele quedar bajo inclemente cielo
Hasta olvidado de la esposa tierna
El cazador, cuando sus perros miran
A la cierva fugaz ó al cerdo hirsuto
La maleza rompiendo de los montes.
Para mí el galardón de fresca hiedra
La docta sien ciñendo, me transporta
Hasta los dioses; y la selva helada
Do en coro danzan sátiros y ninfas
Del pueblo me separa: y mas si Euterpe
No deniega sus flautas, ni Polimnia
De templar su arpa lesbia no se excusa.
Pulsar mi lira pueda yo entre vates
Y hasta los cielos alzaré mi frente.

A CESAR AUGUSTO

Jam satis terris nivis atque diræ.

(LIB. I, OD. II.)

Nieve sobrada y destructor granizo
Ya lanzó á tierra la deidad; y airada
su mano al derrocar los templos sacros
Consternó á Roma.

Temió la gente que tornase el siglo
De Pirra y querellar de nuevos monstruos.
Cuando mariscos á empinadas cumbres
Llevó Proteo.

Y subían peces á los altos olmos,
Antes asilo de palomas blandas:
Y se vieron nadar gamos cobardes
En golfo inmenso.

Vimos al rojo Tíber retorcidas
Sus ondas turbias á la playa etrusca,
Violento combatir regias mansiones
Y aras de Vesta.

Mientras á Ilia de vengar blasona
Corre veloz en la siniestra orilla
Sin merecer aprobación de Jove
El río amoroso.

Y oirá selecta juventud por culpa
De sus mayores afilar espadas
que ciudadanos esgrimir debieron
Contra los persas.

¿Ni á qué deidad el decadente pueblo
Demandará favor? Con cuáles preces?
Se harán propicia las doncellas puras
A Vesta sorda?

¿A quién cometerá Jove el encargo
De el crimen espiar? Ven, agorero
Fúlgido Apolo, mis plegarias oye,
Baja entre nubes.

O tú, si place más, riente Eriçina
A quien las fiestas y el amor circundan,
O tú, Padre de Roma, ve tus nietos
Y abyecta estirpe.

Hártate al cabo de las luengas lides
Y de los gritos y el arnés luciente
Y de la torva faz que al enemigo
Presenta el moro.

Tú que te adaptas juvenil trasunto,
Hijo con alas de la Maya hermosa
Que á ser llamado vengador de César
Noble te avienes:

Aquí en el pueblo de Quirino vive,
Y alegre, al cielo tu volver retarda:
Ni por enojo de los vicios nuestros
Auras te lleven.

Aquí disfruta de grandiosos triunfos
Invocado á la par Príncipe y padre,
Ni dejes, César, cabalgar hostiles
A impunes Medos.

OVIDIO

ELEGIA I

Parve, nec invideo, sine me, liber, ibis in Urbem.

Vez, librillo sin mí, no te lo envidio,
A Roma, do no es lícito á tu dueño.
Anda con ese desaliño inculto,
Que cuadra á un desterrado en estos tiempos.
No te cubran con jugo purpurino
Jacintos que al dolor no convinieron;
Ni al sobrescrito el bermellón colore,
Ni unte las hojas odorante cedro.
No ostentes en tus caras y remates
Ebúrneos puntos con retoques negros.
Recuerda tu desdicha: ornatos deja:
Son para libros venturosos ellos.
No intentes con la pómez quebradiza
Imprimir á tus cantos pulimento,
Ostenta áspera faz porque el doliente
No arranca dela suya el rudo vello.

Ni te avergüencen los borrones; vea
Quien quiera, que á mis llantos se debieron.
Marcha ¡o libro! y saluda aquellos sitios:
Contigo iré también tal como puedo.
Si, por suerte, de mí noticias pide
Quien no me olvida, como allá en el pueblo,
Respóndele que vivo, mas no sano;
Y que aún la vida es don que al dios le debo.
Con cautela te entrega á ser leído;
Sólo por precisión rompe el silencio;
Que traerán si no al punto, á la memoria
Mis culpas y seré público reo.
Guárdate tú de defenderme aun cuando
Me hiera alguno murmurando acerbo,
Que una causa no buena de sí propia
Es peor defendida con empeño.
Verás acaso quien mi ausencia sienta
Y con húmedos ojos lea estos versos,
Y allá consigo, por que no le escuche
Un malévolo, muestre su deseo
De que, amansado César en sus iras,
Mande aliviar de mi castigo el peso.
Quienquier que fuere, ¡ahl, nunca padezca
Desventura cruel (á Dios lo ruego),
El que pide que sea á los infelices
Benigno siempre y compasivo el cielo.
Sus votos oiga el Príncipe aplacado:
De mi patria morir deme en el seno.
Si los preceptos que te impongo cumples,
En ti verán la mengua de mi ingenio.
Salvo serás si la ocasión mejora,

Que al nivel de las cosas van los tiempos.
Nacen los versos de la paz del alma
Y ahora la turban nubarrones feos:
Requieren ¡ay! del escritor retiro,
Solaz en el espíritu y sosiego.
Y á mi del rudo invierno la crudeza
Me lastima, y las ondas y los vientos.
El vil temor excluyen, y yo miro
Suspensa espada amenazar mi cuello.
Aun los que formo de cualquier manera
Desarmar deben del censor el ceño.
Supón tú de infortunios rodeado
Al vate de Meonia, al mismo Homero,
Y al influjo de males angustiosos
Mirarás débil descaecer su ingenio.
Ve, en fin, ¡o libro!, sin cuidar tu fama,
Ni concibas pesar ó sentimiento
Si después de leído no agradares:
Que el hado no es á ti tan poco adverso
Que ahora te cumpla requerir aplausos.
Del ansia noble de renombre lleno
Yo amaba la alabanza cuando libre:
Mas hora aquellos versos aborrezco,
De mi daño ocasión, si no su estudio.
Baste ya, pues siguió la pena al estro.
Ve, sin embargo, tú; ve, pues te es dado
A Roma contemplar. ¡Ah, si yo mesmo
Pluguiere á Dios que libro me tornase!
Porque te juzguen muchos forastero,
Al pueblo no te creas del todo extraño,
A falta de tu título, preveo,

Pues que al tiempo se adaptan los sucesos,
Te acusará el color por más que intentes
Cauto disimular que soy tu dueño.
Entra quedo no obstante: ve no sean
Mis versos tristes para ti funestos.
Ya proscritos están, no los protege
Cual otras veces el favor supremo.
Si alguno no los lee porque son míos
E indignado los echa de su gremio
¡Ay! dile que tu título contemple.
No trato ya de amor: por ser maestro
En esta ciencia merecí castigo:
Harto me cuesta el padecido yerro.

Acaso esperes que trepar te mande
Al alcázar, mansión del César regio:
Ignórente lugares tan augustos
Y las deidades moradoras de ellos.
De aquella fortaleza hasta mi frente
Lanzado hubo de ser rayo tremendo.
Sé que moran allí númenes blandos;
Mas yo á los dioses que se airaron temo.
Tal la paloma que en las uñas presa
Estuvo del halcón, al más pequeño
son de sus alas, temblorosa yace;
Y si el diente sintió de lobo hambriento
Tal se arrima al establo la ovejilla.
Del cielo y los bridones que ansió necio,
Faetonte mismo, si viviese, huyera.
Yo que en mí la senti, cobarde tiemblo
Del fuerte Jove ante las duras armas,
Y al escuchar el pavoroso trueno,

Herido de sus rayos me imagino.
El que evita el escollo Cafareo,
Cuando en las naos argólicas navega
De las costas Eubeas su rumbo incierto
Se esfuerza en separar. Tal mi barquilla
Sacudida del piélago violento
Aquel lugar de su naufragio huye.
Sé tú, ¡o amado libro!, circumspecto
Y bástete de Roma ser leído.
A los mares dejó su nombre impuesto
Icaro por querer con feble pluma
Por las regiones discurrir del cielo.
Difícil es te diga en este instante
Si usar debes de velas ó de remos.
Las cosas, el lugar más oportuno,
La ocasión misma, te darán consejo.
Si gozas de ocio ya, si en calma todo,
Trocada ves la cólera en sosiego,
Si temeroso al verte y vacilando
Alguno quiere interponer sus ruegos,
Marcha en buen hora, más que yo dichoso;
Llega y aplica á mi dolor remedio;
Que nadie, ó sólo el que causó la herida
La curará, de Aquiles al ejemplo.
Guarte, con todo, si mi bien deseas
No vayas á causarme detrimento,
Que así vence el temor á mi esperanza,
En vez del bien que buscas con anhelo
Ni remuevas la ira adormecida
Y seas origen de castigo nuevo.
Cuando en mi biblioteca introducido

Hallares en tu caja el aposento
Que es tu casa en verdad, allí contempla
Tus hermanos en orden tal dispuestos
Que un mismo afán revelan y un estudio.
Franca la faz y el nombre en descubierto.
De ellos allí la multitud se mira.
Vergonzantes hay tres más á lo lejos:
Estos enseñan lo que nadie ignora,
Pues del arte de amar son documentos.
Edipos y Telégonos los llama
Si te atreves á tanto, y huye de ellos.
Si de su autor la suerte te interesa,
Acerca de los tres esto te advierto:
Que á nadie ames, aunque á amar enseñen.
Quince libros también de raudos versos
Que tratan de las cosas transformadas
Me faltaron, no ha mucho, en el destierro.
A éstos dirás que en sus mudanzas cuentan
De mi fortuna infiel el gesto fiero.
Súbito fué alterado de cual antes,
Si lamentable ya, gozoso un tiempo.
Más encargos, si gustas, te daría,
Mas detenerte, á la verdad, recelo;
Y si llevas así cuanto me ocurre
Ha de abrumarte de la carga el peso.
Vete de prisa ya: camina ¡o libro!
Que luenga la vía es: un trecho inmenso
Divide á Roma de esta tierra triste
Sita del mundo en el confín postrero.

ELEGIA II

Cum subit illius tristissima noctis imago.

Cuando súbito á herir mi fantasía
La imagen viene de la noche triste

Que en Roma tuve mi mansión postrera,
Cuando recuerdo la terrible noche
En que las prendas de mi amor dejara,
Aún se desliza de los ojos míos
La gota tenue de mi acerbo llanto.
Ya el sol se aproximaba cuando César
Ir mandóme de Ausonia á los confines.
Ni el alma disponer á pena tanta
Me fué dado, ni el tiempo á tal viaje;
Con este golpe el alma entorpecida.
Ni compañía de siervos, ni lectura,
Ni recursos, ni traje aprestar pude.
Pasmado me quedé, cual quien herido
De los rayos de Júpiter, viviendo,
Que goza de vivir, él mismo ignora.
Mas luego que el dolor desvanecido
Hubo esta nube, y los sentidos míos
Del primer estupor convalecieran,

Prepárome á la amarga despedida
De los amigos conturbados que ahora,
De muchos, á uno ó dos se redujeron.
Llora amante mi esposa desolada,
Y al mirarme lloroso me retiene,
Pues que á mi indigna faz lluvia anegaba.
Ausente, de la Libia en las regiones,
Mi hija lo adverso de la suerte ignora.
Doquiera en derredor tan sólo llanto
Y gemidos sonaban; y allá dentro
Ruidoso funeral todo semeja.
Marido, esposa é hijos anhelantes,
La casa toda, en lágrimas se inunda.
Si un alto ejemplo en lo pequeño cabe,
Tal debió ser de Troya el cuadro horrible
Cuando apresada fué. Ya silenciosos
Los hombres y aun los canes reposaban,
Y los caballos de la noche iba
Fulgente luna en el cenit rigiendo.
Viéndola entonces yo, y al Capitolio,
Tan en vano á mis Lares apegado,
Así les dije: —«Dioses moradores
De las próximas aras, altos templos
Que nunca más deslumbrarán mis ojos;
Dioses que he de dejar, y que sustenta
La ciudad eminente de Quirino,
Salud os dice para siempre el labio.
Aun cuando tarde, vuestro auxilio imploro;
Sin odio en mi camino protegedme,
Y á ese varón supremo referidle
Cuál error me engañó. Cuidad no tome

Por refinada iniquidad mi culpa;
Que si el autor de mi castigo siente
Lo que es sabido de vosotros, puedo
Del pío Numen lograr misericordia.»—
A los cielos llamé con tal plegaria,
Si bien con muchas más mi esposa tierna,
Cuya voz el sollozo interrumpía.
La trenza desceñida, ante los Lares
Tocó postrada con tremente labio
Del hogar triste las extintas brasas,
Dando á Penates á mi suerte hostiles
Sus pródigas querellas, que al marido
Desventurado asaz, poco sirvieron.

La noche á más correr treguas negaba
Harto distante la polar estrella.
¿Qué hacer en mi aflicción? El de la patria
Blando y potente amor me retenía,
Y era además, la noche postrimera
Que anterior al destierro me dejaron.
¡Ay! ¡Cuántas veces repliqué al que osaba
Darme prisa á marchar: —«Ve adónde quieres
Mis pasos conducir... de dó arrancármele!»
¡Y cuántas ¡ay! también mentí á mi propio
Hora precisa al caminar fijando!
Tres veces al dintel llegué, y tres otras
Volvíme para atrás con planta innoble,
Dócil al alma. Despedíme muchas
Y luego en vano para hablar tornaba
Prodigando al partir besos postreros.
Los encargos ya hechos repetía,
Y al ver las prendas dulces á mis ojos



por adormirme en mi ilusión pugnaba.
¿Y á qué tanta premura? al fin exclamo;
Escitia es la región á do camino,
Y Roma es la que dejar me ordenan,
Ambos motivos la tardanza abonan.
Negada me ha de ser mientras viviere
Y familia y esposa aun también vivas,
Y sus miembros al par fieles y caros,
Y los amigos que en fraterno nudo
Amó mi corazón... Más que Teseo
Vuestra adhesión precié, dulces amigos;
Sea lícito abrazaros este instante
Por si el incierto porvenir lo veda.
Ni hay tiempo para más. Ya mis palabras
La premura fatal acorta y rompe.
Y en tanto que entre lloros se pronuncian,
Refulgente en el cielo se levanta
Astro de lumbré para mí sombría.
No de otra suerte separarme siento
Que si los propios miembros me arrancasen,
Y el cuerpo al parecer se me desgarrá.
Tal fué de Mecio, cuando á varias partes
Caballos fuertes, su traición vengando
Pudiéronle arrastras, la horrible pena.
Entonces fué el clamor y el gemir fiero
De mi familia triste, y al impulso
De ruda pesadumbre los transportes.
Entonces en los brazos del que presto
Iba á partir, la esposa atribulada
Con voz desoladora prorrumpía:
—No te irás, por mi fe; juntos partamos;

Yo he de seguirte en el destierro mismo;
Y si á tanta amargura te condenan,
Allí seré tu esposa desterrada.
Ya franca ante mis pies la senda miro
Y que me acoge la apartada tierra;
Yo á tu nave daré peso liviano,
Y si te manda abandonar la patria
Del sumo César la implacable ira,
Quiero que para ti mi piedad sea
Nuevo César también; mi amor la supla.—
Esto intentó cual antes lo intentara,
Y sólo mi bien propio contemplando
De su noble designio desistiera.

Salgo, al cabo, abatido, macilento,
Y como en pobre funeral llevado,
Erizada la barba y desparcido
Por mi espalda el cabello. Más refieren
En tanto, que mi esposa sucumbiendo,
Turbios los ojos, del dolor transida,
Yace por tierra con letal desmayo.
Y cuando luego, de su mal repuesta,
Del suelo alzóse con los miembros yertos
Y las trenzas en polvo vil manchadas,
Aquellos que dejó tristes Penates
Lamenta sin cesar, y el dulce esposo
Que le robaron, y su nombre invoca.
Ni menos ¡ay! lloró que si mirase
Alzar la tumba para el cuerpo mío
O al de mi hija tierna consagrada.
Ansió morir y terminar muriendo
La fuerza del dolor. Mas no lo hizo



Yaún al consuelo de mi amor la guarda.
¡Ahl ¡vival pues los hados lo consienten,
Y al desterrado esposo fortalezca.

Agosto de 1863.

CATULLO

A ASINIO MARRUCINO

Marrucine Asini, manu sinistra.

(CARM. XII.)

DE esa tu siniestra mano
Usas muy mal, Marrucino,
Y obras con escaso tino
Cuando estás calamocano.

Si al que es algo negligente
Le robas la servilleta,
¿Reputas tal vez discreta
Gracia tan incongruente?

Si por acaso esta acción
Para ti fea no resulta
Y torpísima... Consulta
A tu hermano Polión.

Por un talento querría
Redimir él tus robillos,

Siendo en donaires sencillos
Tan versado en demasia.

Vuélveme, pues, el mantel,
O te remito por pena
De metros triple centena
Amargos como la hiel.

No es que el lienzo en tanto estime
Don de Verannio y Fabulo;
Ni juzgo su valor nulo
Ni de gratitud me exime.

De Sétabis, tierra ibera
Tal fineza me enviaron,
Y en retorno me ganaron
Una voluntad sincera.

Pues á Verannio le llamo
Mi dulce amigo pequeño,
Y á Fabullo no desdeño,
Y tiernamente les amo.

A CALVO LICINIO

Ni te plus oculis meis amarem.

(CARM. XIV.)

Si yo no te amase
Muy más que á mis ojos
Por tu regalillo
¡Oh Calvo gracioso!
Te declararía
Veneciano odio.
¿Qué mal te he causado?
¿De ti hablé en mis ocios
Para que me abrumes
Con tan fiero modo?
Los dioses envíen
Males horrorosos
A ese tu cliente
Que te echó en los hombros
La infanda caterva
De vates tan monstruos.
Mas, si cual sospecho,
Dióte Sulla el docto
Tan rica fineza

Y don tan precioso,
No entonces me ofendo
Sino á dicha tomo
El que á tus afanes
Corone tal logro.
¡Deidades supremas!
Librillo espantoso
Es el que enviaste
A Catulo... el gozo
Para acibararle
En el día ruidoso
De saturnal fiesta
Y herirle de pronto.
No bien, no, la cuenta
Te saldrá, chistoso;
Porque en cuanto se alce
De los mares hondos
El sol que fulgura,
Al negro tesoro,
De Cerio á la tienda,
De Aquino y de otros
También á Suffeno.
De tan negro pozo
Sacaré ponzoñas
Correré en un soplo
De libreros varios
Y letales tósigos.
Y tales ponzoñas
Daréte en retorno.
¡Pésimos poetas!
Volved ¡oh! vosotros

De donde salisteis
A los antros hondos
Azote del siglo
Feroz y espantoso,
A sus desventuras
Ponéis triste colmo.



A VARRO

Suffenus iste, Varre, quem probe nosti.

(CARM. XXII.)

A fe, Varro, que culto
Como ingenioso y terso
Es ese que conoces,
Gentil mozo, Suffeno.
Mas de diez mil sin duda,
Son los que tiene hechos ¹
Y reunidos al uso
En rico palinsesto
Hojas harto lustrosas
De más que regio aspecto;
Las vitelas flamantes
Y los cilindros nuevos,
Con plomo y piedra pómez
Que suavidad le dieron,
Y alisadas membranas
Y rojos ataderos.
Mas cuando el verso leas

1 Fraguó de blandos versos.

De tal vate Suffeno,
Algún pastor crearásle,
O bien zafio labriego;
Que tanto bastardea
Su tono y pensamiento.
Y ¿cuál la causa triste
Diremos de este efecto?
Si antes nos parecía
Payaso y algo menos,
Más bajo y más humilde,
Aún es que todo eso.
A la rustiquez misma
Excede en lo grotesco;
Y es de admirar que nunca
Se muestra más contento
que cuando así poetiza
Con rudo y fácil estro.
Pero en verdad que todos
De engaño padecemos
Y en uno ú otro punto
También somos Suffeno.
Errores y deslices
Doquiera cometemos
Los vicios en la alforja,
Que va detrás, no viendo.

DE EGNACIO

Egnatius, quod candidos habet dentes

(CARM. XXXIX.)

Dondequiera ríe
El bueno de Egnacio
Porque dióle el cielo
Los dientes muy blancos.
Luce á todas horas
Su brillo esmaltado,
Aunque de los reos
Lleváranle al banco,
A punto que mueva
Orador al llanto.
Doquier él se halla,
En cualquier estado
Haga lo que hiciere
Risueño es Egnacio.
Sin duda es dolencia
Y achaque bastante
Este que padece



Ni bueno, ni urbano.
Por ello un consejo
voy á darte, Egnacio,
Si tú, por ventura,
Nacieras romano,
Sabino ó de Tibur,
O bien Umbro craso,
De Etruria ó Lavinia,
Obeso y dentado,
O porque no olvide
Los míos, Transapadano;
O de cualquier tierra
Do el uso ha reinado
De lavar la boca
Con muy puros caldos,
Yo tal te dijera:
Mi amigo, te encargo*
que no así te rías
Sin venir al caso,
Pues no hay otra ineptia
De mayor tamaño
Que la inepta risa
Continuo en los labios.
Mas tú en Celtiberia,
Tu patria, morando
Sabes bien que á encías
Y dientes, lavarlos
Suelen con orines
De ayer trasnochados;
Y así mientras luzcas
Tus dientes más albos,

Probará su brillo
Lustroso, otro tanto,
Quē usas el enjuague
Que da ansiamentarlo.

Abril de 1864.



A LESBIA

Ille mihi par esse Deo videtur.

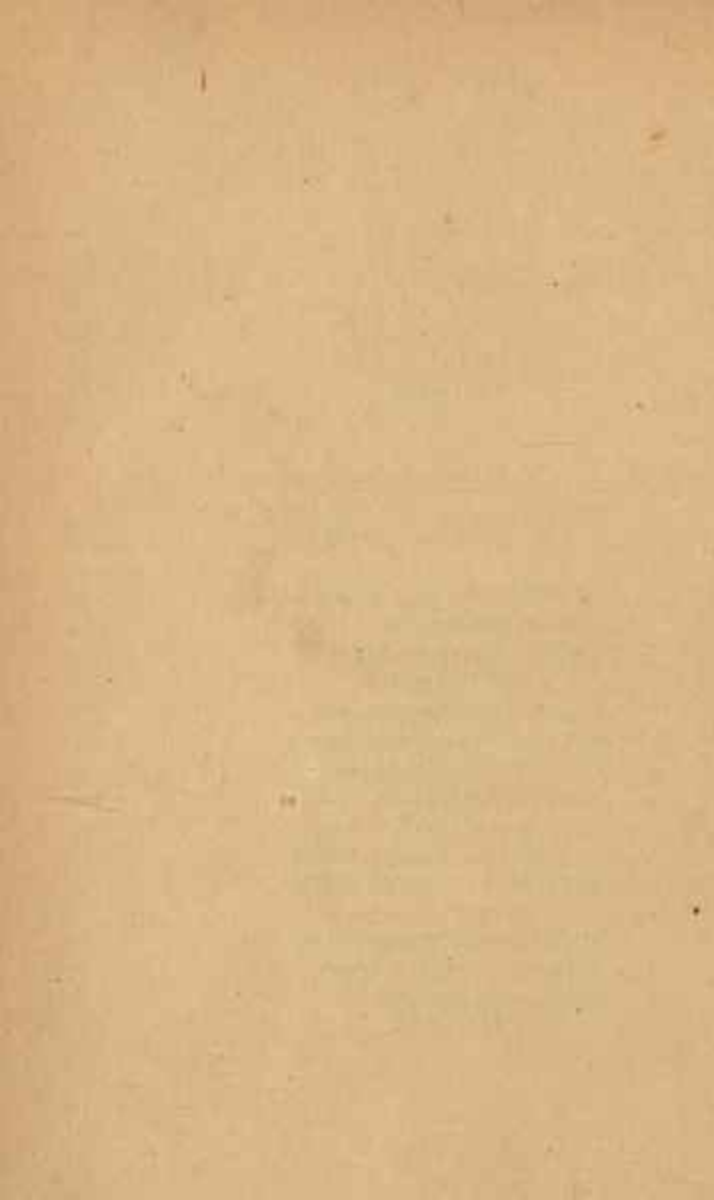
(CARM. LI.)

Ser me parece un Dios y aun le supera,
Si aventajar á un Dios decir se puede,
El que sentado junto á ti, tu risa
Dulce contemple.

El que te mire y oiga embelesado
Lesbia gentil á quien ninguna iguala;
Fortuna que robóme ¡ay de mí triste!
Sentidos y alma.

Al fijarme en tu faz bella, mi ojos
Se me oscurecen, y mis oídos zumban
Y quedo inmóvil, tardo, entorpecido,
La lengua muda.

Y sutil fuego por mis venas corre...
¡O Catulo! este ocio que te aplice
A Reyes y naciones ha perdido
Felices antes.



TIBULLO

¿Quid fuit horrendus primus qui protulit enses?

(LIB. I. ELEG. 10.)

¿Quién se atrevió á esgrimir la horrenda espada
Y sus estragos reveló primero?
Alma dura en verdad le alentaría,
Si ya no tuvo corazón de hierro.

A nuestra estirpe el pérfido homicidio
Procedió desde él; guerras sin cuento,
Y la muerte se abrió más franca senda
Que aprendió á recorrer en breve tiempo.

Mas no fué de aquel mísero la culpa;
Nosotros ¡ay! por nuestro mal volvemos
Las armas que las fieras demandaron,
La sangre á derramar de nuestros pechos.

Efecto es, sí, del oro fementido,
Pues no cundiera de la guerra el fuego
Cuando en simple banqueta y mesa tosca
Sirvió á la libación copa de leño.

Ni muro ni fortín aún se elevara;
Y entre varias ovejas y carneros,
Seguro su rebaño apacentando,
El pastor pudo requerir el sueño.

Si me fuese la vida entonces dada
No contemplara yo del vulgo fiero
Las armas, ni escuchara la trompeta
Que temblar hace al corazón de miedo.

Mas agora á la lid soy impulsado,
Y aséstame quizá duro y certero
Su dardo penetrante un enemigo,
Ansiando en mi costado suspenderlo.

Vosotros, Lares de la patria mía,
Pues que niño os debí dulce sustento,
Y el ensayar con fuerza vacilante
En camino inseguro el pie inexperto;

Vuestro amparo otorgad en mi defensa
Ni os dé vergüenza si de tronco viejo
Pudisteis proceder, ó si habitáis
El venerando hogar de mis abuelos.

Mejor en culto humilde la fe santa
Al trasunto del dios de haya ú acebo
Fué lícito ofrecer, y así aplacarle
Con pobre don ante el altar modesto.

Quien de rubias espigas con corona
La sien del numen ciñe ó sus cabellos;
Cual otro le brindaba el suave jugo
Del regalado fruto del sarmiento.

Y alguno que formó sagrados votos,
Su cara y dulce hija conduciendo
Llevábale también preciadas tortas



Y pura blanda miel en panal tierno.

Dejad las flechas de metal o Lares;
Yo os habré de inmolar grasiento cerdo
Que llene el ara rústica, y de lino
De pureza sin par vestido luego,

También os llevaré lindas bandejas
Que cerquen mirtos, y á mi sien á un tiempo.
Otro sea en armas y en contienda fuerte;
Pueda yo de este modo complaceros,

Y referir las bélicas hazañas
Escuche así al soldado mientras bebo,
Y del vino á merced, campos de lides
Y sus fuertes trazar con pincel diestro.

Necia furia en verdad llamar la muerte
En turbulenta lid, si con pie cierto
Aunque callado y clandestino avanza.
Vense en lugar de mieses y viñedos.

En la infernal mansión, el de la Estigia
Nauta infeliz y el hórrido Cerbero,
Y allí navega las oscuras aguas
Pálida muchedumbre en rumbo incierto.

Por el dolor cavadas las mejillas
Aridos y abrasados los cabellos.
Cuánto más de loor ¡ay! nos requiere
Aquel que llega en su cabaña á viejo

De cariñosa prole circundado!
Ora encomienda al hijo sus corderos,
Y ovejas guarda él, mientras la esposa
Agua le brinda que templara al fuego

Con que sus fuerzas restaurar pretende.
Tal me suceda, y del remoto tiempo

Anciano pueda yo narrar la historia,
Nieve mi noble sien encaneciendo.

La paz en tanto grata y halagüeña
Fecunde con su albor los campos nuestros;
Del arado la paz so el yugocorvo
Unció los bueyes para hender el suelo.

La paz el zumo extrajo de las uvas
Y á la verdosa vid le dió alimento,
Y el hijo pudo derramar los vinos
De que el padre dejó toneles llenos.

Honra la blanda paz reja y azada
Y en tanto, sucio orín roba al acero
El brillo de las armas que dejaron
Los soldados yacer en ocio ledo.

Ya torna el labrador del bosque sacro,
Y nada sobrio, á la verdad, contento
A sus hijos y esposa en carro lleva
Y á la liza de Venus llega el tiempo.

En quejas la doncella se deshace
Contra aquel que cortara sus cabellos
O que rompió las llaves de sus puertas,
E inunda el llanto su semblante bello.

Y con ser vencedor, él mismo llora
Lo que sus manos sin razón hicieron.
A las querellas con malignas frases
El imprudente amor presta alimento,

Pero si antes indiscreto el labio
Pudo atizar de riñas el incendio
Interpone su influjo entre ambas iras
Y calmar sabe la tormenta luego.

El que á la chica á quien amó maltrata

Tiene el alma de mármol y de acero.
Confundan, pues, en su furor los dioses
Tal insensato desde el alto cielo.

Baste rasgar la tenue vestidura
Que velar sabe delicados miembros;
Baste también ocasionar su llanto
O los lazos romper de sus cabellos.

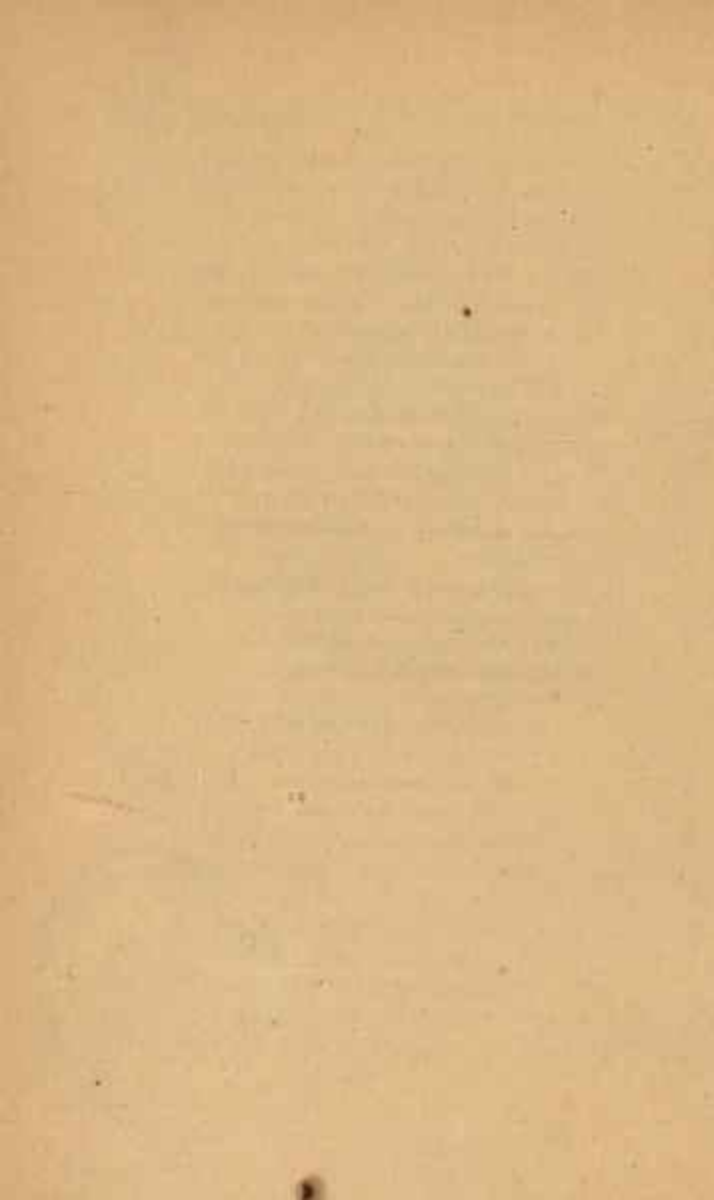
¡Cien veces venturoso el que en sus iras
Llanto arranca á unos ojos hechiceros;
Mas el que crudo y bárbaro golpea
La hermosa á quien debió blando embeleso,

Digno es tan sólo de empuñar la tranca
O el escudo cargar en su hombro fiero,
Venus ¡ah! le destierra para siempre
De la mansión de su aromoso templo.

Tú ven, hermosa paz, gran bienhechora,
La espiga ostenta, símbolo halagüeño
Y vierta lluvia de preciadas pomas
Cual fecundante don tu blanco seno.

Noviembre de 1862.





PROPERCIO

A CINTIA

Praetor ab Illyricis venit modo, Cynthia, te.

(LIB. II. ELEG. 16.)

Ya tienes al Pretor, Cintia, que ha poco
Regresó de las playas de la Iliria
La causa para ser de mis cuidados
Y presa inagotable á tu codicia.
¿Por qué en las rocas duras de Ceraunia
No plugo al cielo terminar su vida?
Cuán de buen grado entønces yo, Neptuno,
Holocaustos sin fin te ofrecería.
Sin mí ya son los plácidos banquetes:
Todos franca tu puerta ya divisan ¹
De noche, excepto yo ²; si eres discreta,

¹ A todos en tu puerta hay ya franquicia,
Todos de par en par tu puerta miran.

² A mí.

No dejes de coger mies tan propicia,
Conviene que á ese cándido borrego
Cortes la espesa lana que le abriga;
Y cuando hubiese su vellón soltado
Lleve otra vez su rumbo para Iliria.

No busca dignidades ni honras vanas
Ni ansiosa tras las faces corre Cintia;
El peso de la bolsa en los amantes
Es la meta y el blanco de sus miras ¹.
¿De esta suerte, gran Jove, hay quien indigno
Haga de los amores granjería?
Tal por la vil y Mercenaria paga
Degrádase una hermosa ó se prodiga?
Me manda mi querida al Oceano
O á pescar para ella perlas ricas;
O á traerle de Tiro la opulenta
primores y riquezas infinitas.
¡Oh! ¡Pluguiera á los dioses poderosos
No hubiese en Roma ya personas ricas,
Y que el mismo imperante más excelso
Tuviese por hogar choza pajiza!
No por finezas baladíes se vieran
Su belleza vender nuestras amigas,
Y á una sola en las casas blanqueara
La nieve de la edad, en nuestros días.

No me querello de las siete noches
Que ese tu lecho me vedaste, ó Cintia,
A sujeto tan torpe consagrandó
De tus cándidos brazos las caricias;

1 Es el blanco á que agudos dardos tira.

Ni te habré de acusar de otros deslices;
Me duele sólo que muchachas lindas
Ni el campo, ni mi Musa me cautivan.
Así se precipiten por la senda
por do su liviandad las extravía.
Recuerda el mal amargo en que ardió Creusa
Y el don que tan fatal fuera á Eriñila.
¿Y no habrá ultraje que mi llanto enjague?
Ah! no; que mi pesar no se mitiga;
Ni al deplorar los vicios que te estragan,
Viene calma al dolor que me lastima.
Harto tiempo pasó! mas ni el teatro,
Vergüenza para mí! Vergüenza triste!
Pues amor que avillana de tal guisa,
La razón ensordece y los oídos
Del mortal á quien ciega ó esclaviza.

Mira aquel Capitán que el mar de Accio
Llenó de terror vano con sus iras
No ha mucho, y de soldados que á la muerte
Impelió de los hados voz impía.

Forzóle amor infame á que la espalda
Volviese, y en la fuga de sus quillas
Buscase, y aun del Orbe en los extremos,
El asilo postrero de su vida.

Gloria alcanzó de César el denuedo
Al deponer las armas que vencían.
Mas vosotras, lucientes esmeraldas,
Aureos topacios, vestiduras ricas.
Los vientos y tormentas horribosas
Os lleven presto, dádivas malditas,
Y vea yo, á mi placer, cómo se tornan

En agua y polvo vil, y se aniquilan.
No muestra siempre Jove á los perjuros:
Grato semblante y apacibles risas:
Ni siempre se hace sordo á las plegarias
De quien demanda, en su clamor, justicia
¿No viste recorrer el cielo todo
El fragoroso rayo, y de la cima
Del alcázar etéreo ser lanzadas
Con trueno bramador lucientes chispas?
Ni las pléyades obran tal portento,
Ni por influjo de Orion, las lluvias,
O por nada ó por poco aquí descienden
Y cólera del cielo que fulmina.

Júpiter, con ser Dios, llorara el mismo
A veces el perjurio; y aún castiga
Por eso, con rigor á las muchachas
Las traiciones, desmanes y perfidias.

Así, pues, indiscreta, no reputes
Los trajes de Sidón de tal valía:
Y tiembla cuando el Auro tempestoso
Enfurece los mares y los hincha.

Octubre de 1879.

MARCIAL

Hic ubi sidereus proprior videt astra colossus.

(LIB. DE ESP., EP. 2.º)

Aquí, donde un coloso
Remóntase á los cielos,
Y con extraña industria
Ascienden altos leños;
Los palacios odiosos
Brillaron de un Rey fiero
Que sólo descollaban
En Roma por soberbios.

Aquí donde la mole
Se erige, que en un tiempo
Será de anfiteatro
El venerable asiento:
De Nerón los estanques
Grandiosos se extendieron.

Aquí donde las termas
Maravillados vemos

Que el orbe en harto breve
Período vió suspenso:
A el pobre sus moradas
Robó campo opulento.

Donde de Claudio el pórtico
Su sombra extendió luego,
Del áureo caído alcázar
Fué el término supremo.

Mas Roma se restaura,
O César, en tu imperio;
Y las que fueron antes
De un déspota protervo,
Hoy son gratas delicias
Y gran solaz del pueblo.

Quæ tam seposita est, quæ geus tam barbara, Cæsar.

(LIB. DE ESP., EP. 3.^o)

¿Qué gente existe tan salvaje y fiera,
Cual pueblo tan distante,
Que ver tu noble capital no quiera
Ni ser de sus grandezas espectante?

De Ródope el rural viene, del Hæmo
Cuya nobleza aumenta,
Y el Sárмата también que en otro extremo
Con sangre de caballos se sustenta.

Y el que bebe del Nilo, sorprendido,
La clara onda primera;
O es por el golfo turbulento herido
De Tetis que en el mundo es la postrera.

Los árabes acuden con premura,
Y los Sabeos preciados:
Y con su lluvia de perfumes pura
De Cilicia mancebos aromados.

Y el Sicambro de luenga cabellera
Que la tuerce y anuda;
Y el Etiope que muy de otra manera
La suya ostenta indómita y lanuda.

Voces se escuchan de diverso idioma,
Mas es uno el acento
Con que á ti «Padre de la patria Roma»
Acorde aclama el popular contento.

Diciembre 1878.

DE CÉSAR EXPULSANDO
UNOS DELATORES

Turba gravis paci placidæque inimica quieti.

(DE ESP., EP. 4.º)

A la vil turba de la hacienda ajena
Ansiosa, y de la paz siempre enemiga
Duro destierro el César da por pena
Y el vivir en Getulia con fatiga.

Por única mansión la árida arena
Quedará al criminal por que se diga:
Que á otros ansiando preparar dolores
En sí los sufrirán los delatores.

DE PASIFAE

Iunctam Pasiphaem Dictaeo credite tauro.

(DE ESP., EF. 6.º)

No dudéis ya que al toro
Del monte Dícteo en Creta
Unirse Pasifae
En coyunda pudiera:

Lo que de antigua fábula
Se reputó conseja
Mirando están los ojos
Y el alma asenso presta.

No pues, se maraville
La antigüedad longeva
De raros y arduos hechos,
Pues que á tu vista, ¡o, César!

Lo que la fama canta
Al vivo ya lo ostenta
Del rico anfiteatro
La dilatada arena.



DE REGULO

Itur ad Herculei gelidas qua Tiburis arces.

(LIB. I. EP. 13.)

En la amplia senda que conduce á Roma,
Cuatro millas señala antigua piedra,
Donde á un campo feraz y á un bosque sacro
Acarician las Musas lisonjeras.

A la cumbre del Tívoli nevada
Que Hércules consagró recta vía lleva
Do Albula afluye con sulfúreas aguas
Y con sus canos hálitos humea.

Aquí pórtico rudo en el estío
Ofrece al pasajero sombra fresca;
Y aquí triste accidente estuvo á riesgo
De producirnos desventura horrenda.

En el momento de pasar, llevado
De corceles uncidos por pareja

Régulo, so su mole... desunidas
Se hundieron con estrépito sus peñas.

A fe que en tal fracaso la fortuna
Ha mostrado temer nuestras querellas;
Que á la importancia de infortunio tanto
Y á tamaño dolor nunca excedieran.

Cuanto noble el varón amenazado,
Tanto el peligro fué. Cual su grandeza,
La del suceso, que en momentos pudo
El estambre cortar de su existencia.

Mas ya se trueca en gozo y parabienes,
Pues sólido edificio la tutela
De los dioses potentes no probara
Que á Régulo así ampara y le conserva.

A LICINIANO

Vir celtiberis non tacende gentibus.

(LIB. I. EPIGR. 50.)

Ven, Liciniano, de quien nunca el nombre
La gente ha de callar en Celtiberia
Cual honra y gala del hispano suelo,
A visitar á Bîlbilis la alta
Famosa en armas y en sus aguas puras.
Al Cauno aquí has de ver encanecido
Por las nieves, y en montes gigantes
Al gran Vadaverón, cerro sagrado
Que ama Pomona y de Brotodo el bosque.
En las templadas aguas del Congedo
Podrás bañarte, y en tranquilos lagos
Que son de Ninfas delicioso albergue.
El humilde Salón, que al hierro templa,
Dará conforto al fatigado cuerpo;
Fieras allí te brindará Vobisca
Sin alejarte de la propia mesa:
Y la corriente del dorado Tajo
Templanza dulce del ardor estivo

De olmos y robles á la sombra oscura.
El agua de Dicenra y del Nemea
Más que los hielos de las cumbres frías
Tu sed apagará.—Mas cuando llegue
Diciembre triste y la impotente bruma
Con el ronco aquilón mugiente luche,
De Tarragona á la ribera vuelve
Y á tu región de Laletania. Entonces
Gamos verás vagando en las montañas
Y á los nativos jabalís; y liebres
Correrás en bridón: á los labriegos,
De los ciervos la grey dejando sólo.
Descenderán á ti cual por sí mismos
Copiosos leños del cercano monte
Para el hogar, do á calentarse vengán
Puestos en derredor los sucios chicos;
Y el cazador también, por ti invitado
En el banquete ocupará su asiento.
—Nada en tu casa de lunadas pieles
Habrá, ni togas, ni la veste rica
Que el olor de la púrpura denuncie.
De allí alejados el Liburno tosco,
Y el litigante gruñidor, y el ruego
De la importuna y exigente viuda.
Ni habrá de perturbar tu sueño blando
El mísero acusado á quien inquieta
Del castigo el temor, y á tu reposo
Muchas horas darás de tus mañanas.
Otro, en buen hora, del aplauso el premio
Adquiera; pero tú de los felices
Ten compasión; y por tu parte ufano

Mientras celebran á tu amigo Sura,
De la que es dicha verdadera goza.
Cuando el renombre que alcanzamos basta,
Sea de la paz de nuestra vida el resto.

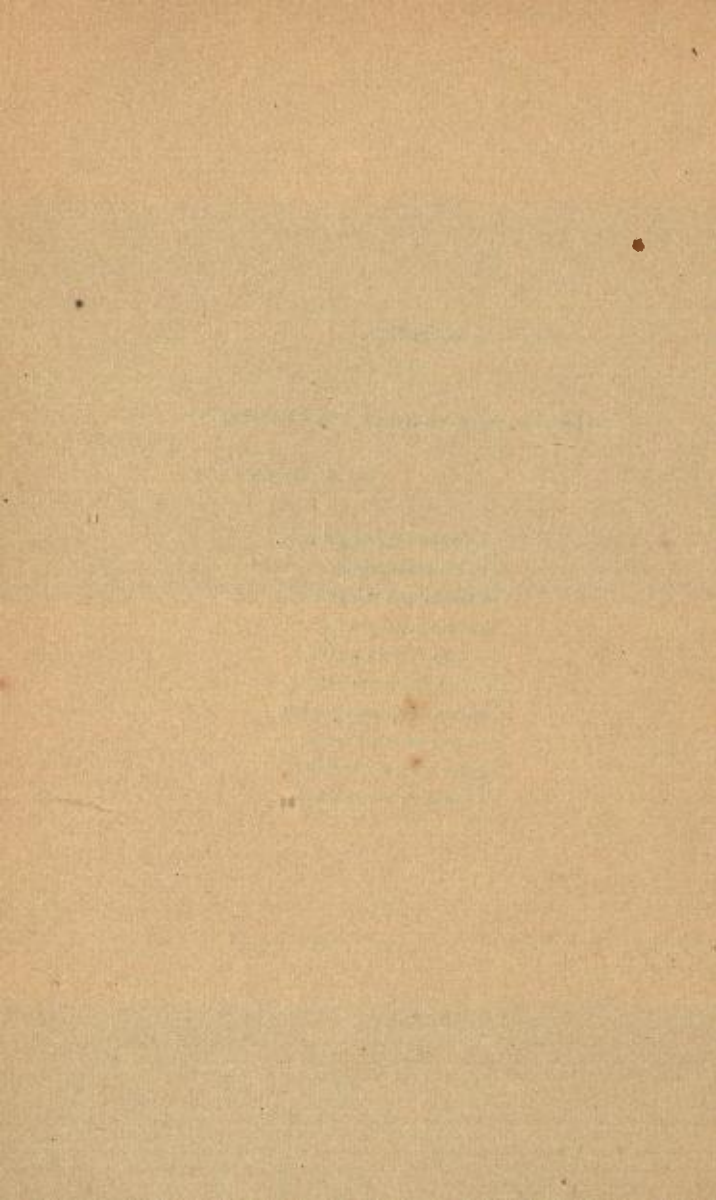


DE NEVIA

Scripsi, rescripsit nil Nævia, non dabit ergo...

(LIB. II. EP. 9.)

Aunque escribí galante.
A la preciosa Nevía
Callando que te calla
Negóme la respuesta;
Y yo, que decía nones,
Saqué por consecuencia.
Cuando sé que ha pasado
Su vista por mis letras...
Alegre clamo: Albricias!
La plaza se me entrega.



LA GRANJA DE FAUSTINO

Á BASSO

Bajana nostri villa, Basse, Faustini.

(LIB. III. EP. 58.)

No un vasto territorio
Ocupa, Basso amigo,
La quinta deliciosa
De que es en Bayas poseedor Faustino.

Donde, con cierto orden,
De arrayán en plantíos,
Y entre plátanos, crecen
Con primor recortados bojecillos.

Es, sí, predio agradable
Que engendra regocijo;
Y situación amena
Que tiene en la aspereza sus hechizos.

Allí prodiga Ceres
Sus dones bendecidos,
Y de muchos otoños
Exhala, en odres, su perfume el vino.

Cuando á Noviembre siguen
Los hielos y los fríos,
El viñador cosecha,
De cepas que dejó, tardos racimos.

Los toros en los valles
Dan, bravos, sus mugidos:
Y, aún sin cuernos, ya fuertes
A embestir se aperciben los novillos.

La turba de aves varia
En el corral no limpio,
Se agita y vaga siempre
Con movimiento y en rumor continuo.

De gansos y de patos,
Alternan los graznidos,
Pavones en sus alas
Lucen el iris del perlado brillo.

Flamencos alardean
Del plumaje rojizo,
Y perdices pintadas,
A que el color diverso da atractivos.

Pájaros de Numidia
Con manchas ó puntillos,

Que en aquellas regiones
Vense cruzar los aires encendidos.

Los faisanes de Colcos,
Patria infausta de impíos:
Y con sus hembras rodías
Los encrestados gallos tan altivos.

En torres aletean
Palomas y zuritos,
Y hacen las tortolillas
Escuchar sus arrullos y gemidos.

Están cerdos glotones
Del mandil al atisbo
De la casera:—y sigue
A su repleta madre el corderillo.

Blancos como la leche
Siervos allí nacidos,
Los Lares acarician;
Y bosque y leña les previene abrigo.

No aquí por la pereza
Pálido está ó marchito
El rústico:—ni ocioso
Mira su aceite el luchador, perdido.

Caen por el falaz cebo
En las redes los mirlos:

Y al pez preso revela
En triste liga, retemblando el hilo.

También en ocasiones
Un lazo escurridizo
Prende ligeros gamos,
Que á casa vienen por su mal cautivos

En la huerta frondosa
Alégranse los chicos,
Con sus luengos cabellos:
Y sin vedarlo preceptor testigo.

Al rural mayordomo
Obedecen sumisos,
Y gozan y trabajan
Aun los eunucos al placer rendidos.

Nunca además se observa
Que vengan de vacío
A saludar al amo
Labriegos con estériles cumplidos.

Uno, con panal céreo
Y miel blanca en tarrillos,
O en forma de pirámide
Aporta el don de quesos exquisitos.

Otro ofrece lirones
Al sueño harto propicios
Que en la selva sasina
Al cazador mostraron sus vestigios.

A la erizada madre
Quien, roba el cabritillo
Y su reposo pierde
Con querella doliente en sus balidos.

Cual otro por fineza
Y dádiva, consigo
Conduce unos capones
Forzados á no amar por su destino.

Las granadas doncellas,
De mimbres en cestillos
De las ancianas madres
Dan en ofrenda los presentes ricos.

Cumplida la tarea,
Convidase al vecino;
Ni guarda mesa avara
Para mañana sobras ni residuo.

Todos comen y beben
Sin que aparezcan signos
De uno que más engulla
U otro que sorba con afán más vivo.

Ahora bien: tú posees
Amplísimo dominio
De una finca dé aldea...
Para morir de hambre lo preciso.

Desde el terrado miras
Unos lauros raquiticos

Seguro de que Príapo
No temerá ladrón en tu recinto.

Del pueblo con la harina
Completas el surtido
Que servirá al sustento
De tus guardas de viñas campesinos.

Como pintado á mano
Tu campo reducido
Mosto, queso, legumbres
Y fruta ofrece en el espacio mismo.

¿Y á eso le llaman granja?
Pues con franqueza digo,
que, salvo hallarse lejos,
Es casa de lugar en el retiro.

A CINNA

Esse nihil dicis quicquid petis, improbe Cinna.

(LIB. III. EP. 61.)

Me dices, bribón Cinna,
Que es cuanto pides nada;
Pues bien, si nada es ello,
Accedo á tu demanda.

DE LA JOVEN EROCIÓN

Puella senibus dulcior mihi...

(LIB. V. EP. 37.)

Era una chica para mí más dulce
Que de cándida pluma cisne claro:
Más que una corderilla de Galeso
En las regiones que habitó Phalanto:
Aún más que aquella concha delicada
Que ondas suavizan del lucrino lago.
No las vistosas perlas recogidas
En el Eritreo mar la aventajaron,
Ni del índico bruto corpulento
El lucido colmillo de albor raro.
Venció en lo fino de su rubia trenza
Los vellones del bético rebaño;
Y á quien mira correr del Rhin las ondas
Del cabello con rizos anudado.
Dejó atrás de sus labios la fragancia
De Poesto á los rosales aromáticos
Y de virgínea miel, de ática cera
Al precioso panal; y al que una mano

Roba á la tierra, pálido sucino.
El pavón de plumaje abillantado
Vulgar es si con ella le comparas;
Ni la fama merecen que gozaron
La viva ardilla y fénix portentoso.
Seis días no cabales son pasados,
Y aún no están de Eroción frías las cenizas
Después que en su rigor los dioses altos
Lleváronme con ella mis solaces,
Mi amor y mi delicia y mis encantos.
Y aún me reprende Poeto la tristeza!
«Vergüenza no te da, dícame, acaso
De una mozuela deplorar la muerte,
Tan triste el débil pecho golpeando?
Sabe que ese mesar de tus cabellos
E indicios de dolor son insensatos.
Yo una esposa perdí gentil y bella,
Rica y noble además... y, sin embargo,
Mírame cómo vivo.»—Cierto; agudo
Golpe sufrió su corazón, y ¡cuánto
Debió Poeto sufrir! Verdad que vive;
Mas doscientos sextercios ha heredado.

A TURANIO

Si tristi domicænio laboras.

(LIB. V. EP. 78.)

Pues que te aburres
Si en casa cenas,
Conmigo el hambre
Vente á matar.
Dado que gustes,
Para un traguillo
Cuatro frioleras
Se aprestan ya.
Sobre lechugas
De Capadocia,
Puerros bien gordos:
Y para ornar
De atún tajadas,
Rajas de huevo,
Y coles verdes
Frescas asaz,
Que si en cazuela
Pringan los dedos,

Las dió antes tiernas
El fontanar.
Rico embuchado ¹
Cuya substancia
De nieve albores
Se deje atrás:
Y un buen tocino
Sonroseando
De secas habas
La rubia faz.

Si á este banquete,
Segunda parte,
U otro servicio
Plácete dar;
Pasas suaves,
Peras de Syria,
Dulces castañas
Se agregarán,
Que á fuego lento
Después se asen,
Y las dió Nápoles
Docta y feraz.
En cuanto á vino...
Pon punto en boca:
Cuando lo cates,
Lo alabarás.
Si Baco luego,
Según costumbre,

¹ Lo que Marcial indica por *pultem niveam* venía á ser como embutido ó morcilla hecha de puches ó gachas con leche; y de ahí su blancura. Especie de buding.

Nuestro apetito
Logra avivar:
Las aceitunas
Que en el Piceno
Del verde olivo
Lució el ramal,
Garbanzo ardiente
Y altramuz soso,
La pobre'mesa
Reforzarán.

Cierto: me dices;
Ni ¿quién lo niega?
La cena es sobria
Y hartó frugal.
Mas ni mentiras
Ni falsedades
En nuestra charla
Se escucharán.
Tú, negligente,
Con rostro ingenuo
El cuerpo puedes
Bien reclinar.
No ha de leerse
Pesado libro:
Ni gaditanas
Mozas habrá
Moviendo en danza
Voluptuosa,
Las sus caderas
Con liviandad.
Y por desquite,

Sin que ofensivo
O desmayado
Suene un cantar,
La flauta dulce
Del joven Cón dylo
Sus blandos tonos
Difundirá.—
Tal es la cena
Con que te brindo.
De cabecera,
Claudia ha de estar.
El que anteponga
Yo á tu persona
Su imperio amable,
Grato y jovial...
Tú, buen Turanio,
Debo creerlo,
Tal presidencia
Preferirás.

A FUSCO

Su tiburtinæ crescat tibi Sylva Dianæ.

(LIB. VII EP. 28.)

Tu selva de Diana
Ferah (?) en Tibur goces,
Al golpe de las hoces
Brotando más lozana.

Ni de Palas tu fruto
Al de Tarteso ceda
Cuando te dé en su rueda
El molino tributo.

Fluya á ti de las uvas
El zumo en abundancia,
Hasta llenar la estancia
Donde guardas las cubas.

Después gana en el Foro
Venciendo en los litigios

Con gloria y con prestigios
Del tribunal decoro.

Pongan después á pares
Palmas sobre tu puerta,
Emblema y señal cierta
De triunfos singulares.

Mientras que demediado
Diciembre te da holganza,
Mi verso en son de chanza
Lee con pasante agrado.

No excuses por fatiga
Conmigo claridades,
Si quieres que verdades,
Y es arduo, yo te diga.

LA TOGA DE PARTENIO

Dic, toga, facundi gratum mihi munus amici.

(LIB. VIII. EP. 28.)

Dime, preciosa toga, pues fineza
Fuiste de sabio amigo, y grato don:
¿De qué alta estirpe ó afamada tierra
La lana de tu urdimbre procedió?

¿Vino á luz en la Apulia de Phalanto
Donde el hijo de Leda?—¿Eres quizá
De allí donde en las fuentes de Calabria
El Galeso ha tomado su raudal?

¿El Betis de Tarteso, por ventura,
Que surte establos del ibero, fué
El que en la blanda oveja de la Hesperia
Lavara tus bellones esta vez?

¿Al Timavo tu lana vió, partido
En varios brazos, en el mar morir,

Después que lo bebiera aquel Cylaro
Que al cielo remontóse entre astros mil?

No al veneno de Amicla los matices
Fuéle dado enturbiar de tu color:
Ni el jónico Mileto fué más digno
De ostentar en su veste tu vellón.

Del valle á blancos lirios aventajas
Y á la alheña ó jazmín en candidez;
Y aquel marfil del monte Tiburtino
No más hermoso que tus motas es.

El cisne de la Esparta y las palomas
Puras de Pafos cederán á ti;
Y la nítida perla que los senos
Suelen del mar Bermejo producir.

Mas aunque al copo de la nieve afrenten,
No son tales objetos como tú:
Ni, cual la toga de Partenio ilustre,
Sus rayos lanzan de albicante luz.

Ni á soberbio cendal de Babilonia
De la noble Semíramis honor,
Precioso en sus labores y sus tintas,
A ti, ó mi toga, prefiriera yo.

Ni aunque me dieses, Phryxo de la Eolia,
Vedijas afamadas de tu grey,

Y el oro de Athamanto me exornase,
Yo osara tu tejido posponer.

Mas de mi interno sayo, viejo y tosco
Cuando esta toga palaciega, al par
Me vista; y al llevarla se compare...
Cuánta risa y escarnio causará!



A UN MAL MEDICO

Hoplomachus nunc es: fueras ophtalmicus ante.

(LIB. VIII. EP. 74.)

Tú, médico anteriormente
De los males de la vista
Y gladiador al presente,
Obras con tu espada ardiente
Como obraste de oculista.

EL PLATANO DE CÓRDOBA

In tartesiadis domus est notissima terris.

(LIB. IX. EP. 62.)

Hay en el pueblo de Tarteso ilustre
Una región de fama esclarecida
Donde acaricia á Córdoba opulenta
Plácido el Betis.

Donde el influjo del metal nativo
De los rebaños de la Hespesia dora
El oblongo vellón y éste recibe
Suavidad blanda.

En medio la comarca se irgue ufano
Cual si amparase los penates todos
Y desparce doquier sus densas ramas
Plátano excelso.

Es de César. La mano venturosa
Allí fijóle del invicto huésped;
A alzarse comenzó desde su diestra
Gallardo el tronco.

Sentir parece el árbol engreído
Al patrono y señor que le plantara;
Tal levanta el follaje hasta los cielos
Y así verdea.

Los remojados Faunos muchas veces
Y la Driada rústica danzaron,
Y el profano mirar esquivó ella
Bajo su copa.

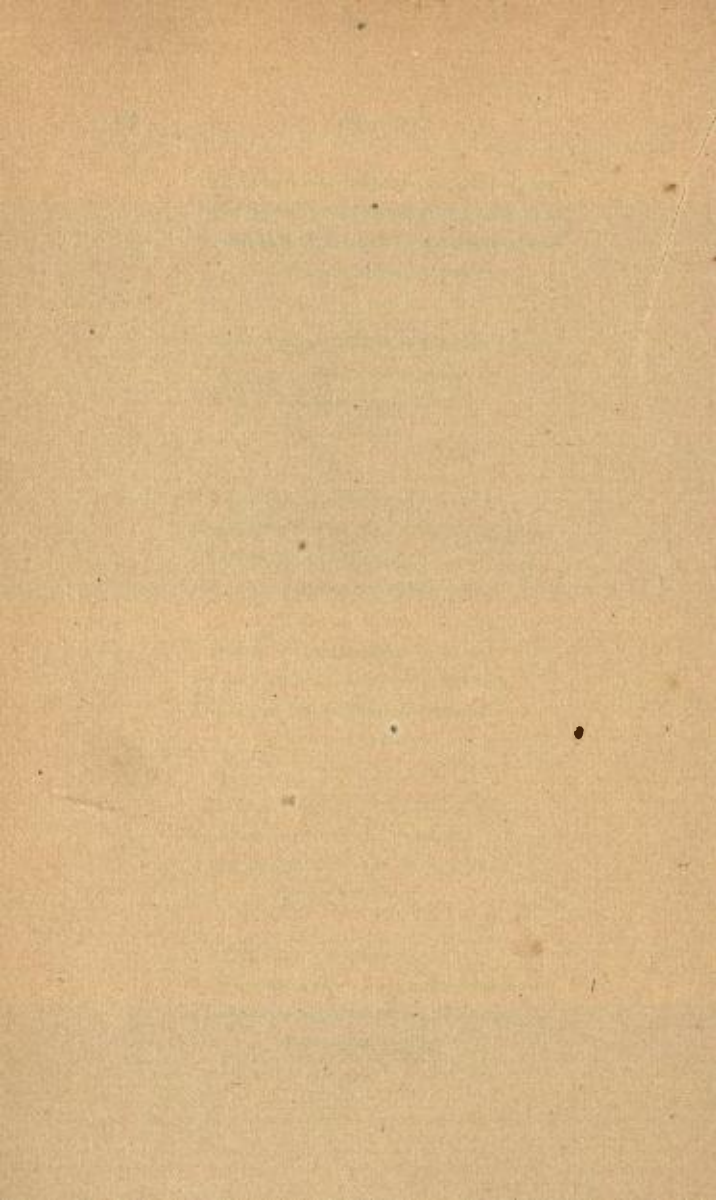
Aquí por las campiñas solitarias
Corriendo Pan en las nocturnas horas,
Su tarda planta el general silencio
Trocara en susto.

Allí en festines exhaló Lileo
Su perfume á los Lares, y vertiendo
El vino de las ánforas, la sombra
Creció y el gozo.

De la víspera aún frescas coronas
A la rojiza planta se cogieron,
Y nadie aquellas rosas llamar pudo
Con razón suyas.

Arbol lozano del ilustre César
A quien los dioses con su amor resguardan,
Al fuego asolador, ¡oh! nunca temas
Ni al hacha impia.

No de Pompeyo te plantó la mano.
En pompa y gala y en vigor durable
Espera, pues, para tus amplias frondas
Verdor eterno.



EN LAS KALENDAS DE MARZO

Natales mihi Martiæ Kalendæ.

(LIB. X. EP. 24.)

Bendita fausta fecha
De Calendas de Marzo,
Que de mi nacimiento
Eres aniversario.
Sol para mí más bello
Que esotros ya pasados
En que aun de mozas lindas
Llegáronme agasajos.
La vez cincuenta y siete
Es esta en que derramo
Perfumes en tus aras
Ardiendo mi incensario.
Por vía de añadidura
Si no lo has por enfado,
Agrega á cifra tanta
Dos veces nueve años.
Y así, por la vejez
Sin hacerme pesado

Y en pos de tres períodos
Mi vida prolongando,
Cual Néstor el de Troya,
Sin lamentos ni llanto
A la mansión de Elisia
Bajaré resignado
Sin pedir más ni un día
De goces y trabajos.

A FILORO

Septima iam Phileros, tibi conditur uxor in agro.

(LIB. X. EP. 43.)

La esposa que hace siete
Sepultas en tus tierras;
No hay sin duda otro predio
Que te dé mas cosechas.

A JULIO MARCIAL

Vitam quæ faciunt beatiorem.

(LIB. X. EP. 47.)

Ve, Marcial festivo,
En palabras pocas
Lo que puede hacernos
La vida dichosa.

Caudal heredado,
No el que el afán logra;
Un campo no estéril
Y casita oronda.

Los pleitos muy lejos,
Muy poco la toga,
Sosiego en el alma
Y fuerzas briosas.

Con salud el cuerpo,
Simplicidad sobria

Y amigos á quienes
La igualdad abona;

En mesa sin lujo
Comida sabrosa,
Ni las noches ebrias
Ni en duras zozobras.

No el tálamo triste
Si el pudor lo exorna;
Un sueño que breves
Nos haga las sombras;

El ser lo que es uno,
No anhelar más honras
Ni esperar con miedo
O con ansia loca
La que llega á todos
Postrimera hora.

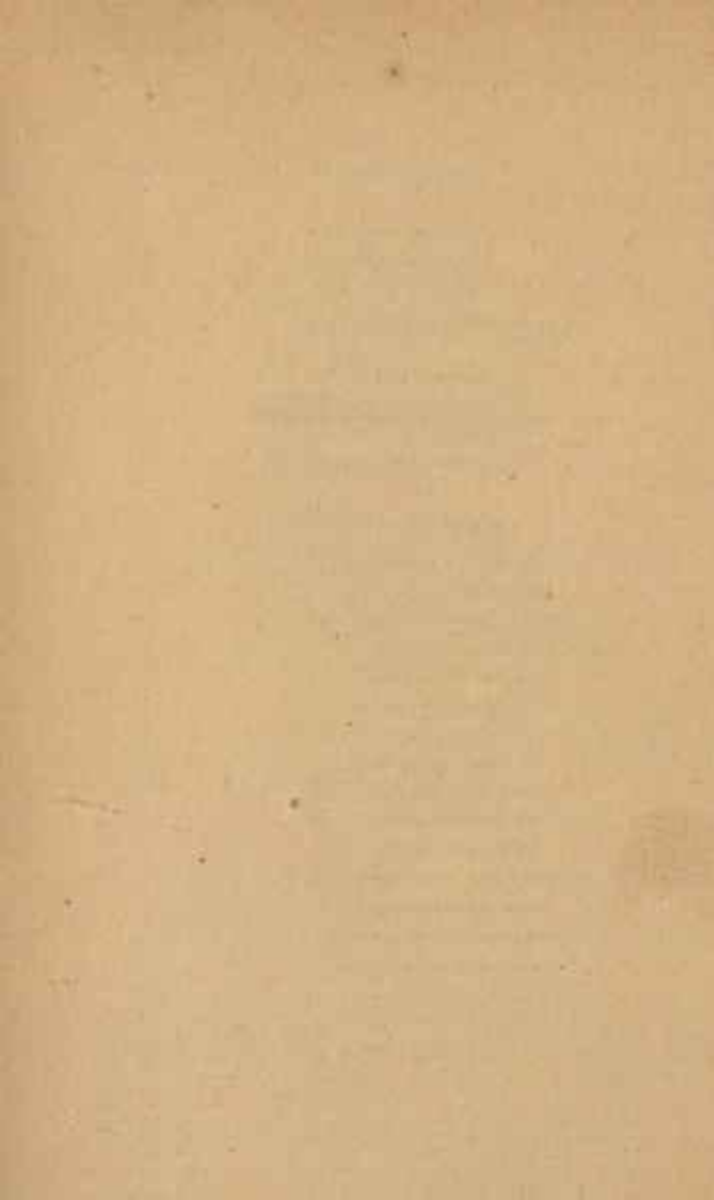
Junio 1863.

EPITAFIO DE UNA VIEJA

Pyrræ filia, Nestoris noverca...

(LIB. X. EP. 67.)

La de Pirro hija,
De Nestor madrastra,
La chica que Niobe
Encontró con canas:
A la que Laertes
Su abuela llamaba,
Y Thyestes su suegra
Y Priamo su ama:
A quien las cornejas
De vida más larga,
De años en la cifra
Jamás aventajan,
Yace en esta tumba,
Y Plocia se llama;
Y aun de amar al calvo
Melanthion se ufana.



A AVITO

Saepe loquar minimum gentes quod, Avite, remotas.

(LIB. X. EP. 96.)

En verdad, Avito, extraño
Que tanto te maravilles
De que yo frecuentemente
Regiones remotas cite;
Si bien en la excelsa Roma
Mi vejez llegar ya vido
Las aguas bebí del Tajo
Sobre arenas que oro rinden
Y del Salón, río, las ondas
En mis días infantiles.
Esós campos de mi patria
Recuerdo con amor triste;
Y en mansión tan deleitosa
Horas alcancé felices,
Abastada mi cabaña
De aquello que sólo pide
Para correr sin tumulto
La existencia pura y simple;

Que en pasarla sin molestias
El mayor lujo consiste,
Y la paz desdorar suelen
Bagatelas y melindres.
Aquí en Roma es necesario
Que á la tierra fertilice;
El suelo de aquel mi campo
Me ofrece frutos á miles;
Allí basta á calentarme
Del hogar llama apacible,
Y aquí lumbre esplendorosa
Es preciso que ilumine.
Es acá costoso y caro
Lo que el apetito exige,
Y allá el mercado y la mesa
Por el bien rural se miden.
Aquí más de cuatro togas
Apresto para vestirme,
Y allí dura cuatro otoños
Una sola que me sirve.
Está bien que tus obsequios
Ahí á próceres dediques,
Pues finezas que á un amigo
El otorgar no es posible
Un lugar hay que las brinda
Al que en su seno se abrigue,
Y jamás del patrio suelo
El prestigio noble olvide.

A CORDOBA

Uncto Córdoba lætior Venafro.

(LIB. XII. EP. 63.)

Tú, Córdoba, que en bienes
Abundas, y más gozas
Que la tierra olivífera
De Venafro untuosa:
Ni menos que allá á Hítria,
Bodega vasta y honda,
El jugo de tus frutos
De tesoros te colma.
Tú, que á aquellas ovejas
Que del Galeso en ondas
Emblandecen su lana,
En el albor mejoras:
Ni con mentida sangre
Ni púrpura engañosa,
Mas con nativas tintas
Tus rebaños coloras:
Di, ruégote, á ese hijo

Que de vate blasona,
Que más vergüenza gaste
Y no cante mis trovas,¡
Si él fuese buen poeta,
En la moneda propia
Pagarle yo podría:
Mas es venganza ociosa,
Célibe es él, que impune
Mujeres varias logra,
Del Talión á la pena
Sin que su sien exponga:
Y ciego, que no puede,
Si sacó a otra persona
Los ojos, por sí mismo
Perder el bien que roba.
Pues cual ladrón en cueros,
No encuéntrase peor cosa;
Ni hay poeta más seguro,
que el de menguadas obras.

AL BETIS

Bætis olivifera crinem redimite coronam,

(LIB. XII. EP. 99.)

Esclarecido Betis,
Gran río de fama altiva
A quien jugosa oliva
Diadema rica da.

Cuyo ramaje verde
La orilla borda y ciñe
Y áureos vellones tiñe
Cuando á las mares va.

Amante Broncio y Palas
Y Neptuno divino
Al campo tiberipo
La senda en tus naos ven.

A tu margen Instancio
Al acercarse... agüeros
Le aguarden lisotjeros
Cual grato parabién.

Para tus pueblos corra
Libre de adverso daño
Propicio un nuevo año
Igual al que finó.

Que quien á Macro marcha
A reemplazar benigno
Creeráse el mismo digno
Del mando que aceptó.

Pues sólo quien sintiendo
De sus fuerzas la suma,
La mole ve que abrumba
O agobia á otro tal vez,

Calcula si sus fuerzas
Supera por su exceso;
O él llevará tal peso
Con fuerza y validez.

A JUVENAL

Dum tu forsitan inquietus erras.

(LIB. XII. EP. 18.)

Mientras tú, Juvenal, vagas inquieto
Tal vez por la Suburra bulliciosa,
O huellas el collado de Diana
En cuyo templo víctimas se inmolan:
Mientras luego al umbral de los magnates
Sudoso, te abanicas con la toga,
Y al trepar por el Celio, grande y chico,
La fatiga por fin tus fuerzas postra:
A mí la cara Bílbilis me llama
Del oro y hierro ufana que atesora,
Y de largos inviernos tras la serie,
Me acoge fiel y rústico me torna.
Aquí con breve afán, y aun indolente,
El cultivo me ocupa sendas horas
Del Boterdo y el Plátea, cuyos nombres
Son duros del celtibero en la boca,
Aún más que suele ser la tierra misma

Que el rudo agricultor desvastar ¹ logra.
Un sueño pertinaz, cuanto profundo
Me cerca y hunde en plácida modorra,
Muchas veces después de la hora tercia
Que alzado el sol que las campiñas dora.
Al sufrido velar de treinta años
Esta huelga repara y galardona.
La toga olvido y á cercana silla
Acostumbro á pedir la veste rota.
Me aguarda al levantarme una fogata
Soberbia de la hacina que amontona
Del robledal cercano; donde pone
Bien prevenida, la casera, ollas ²
Llega después el cazador triunfante,
Y tal como en la oculta selva hojosa
Sabrías apetecer:—á los mancebos
El que puedan dejar su trenza intonsa
El ya peinado capataz permite;...
Y así corre en placer mi vida toda
Así mi muerte llegará sin pena,
Cuando guste la Parca segadora.

¹ Destripar.

² La casera solícita sus ollas.

VIRGILIO

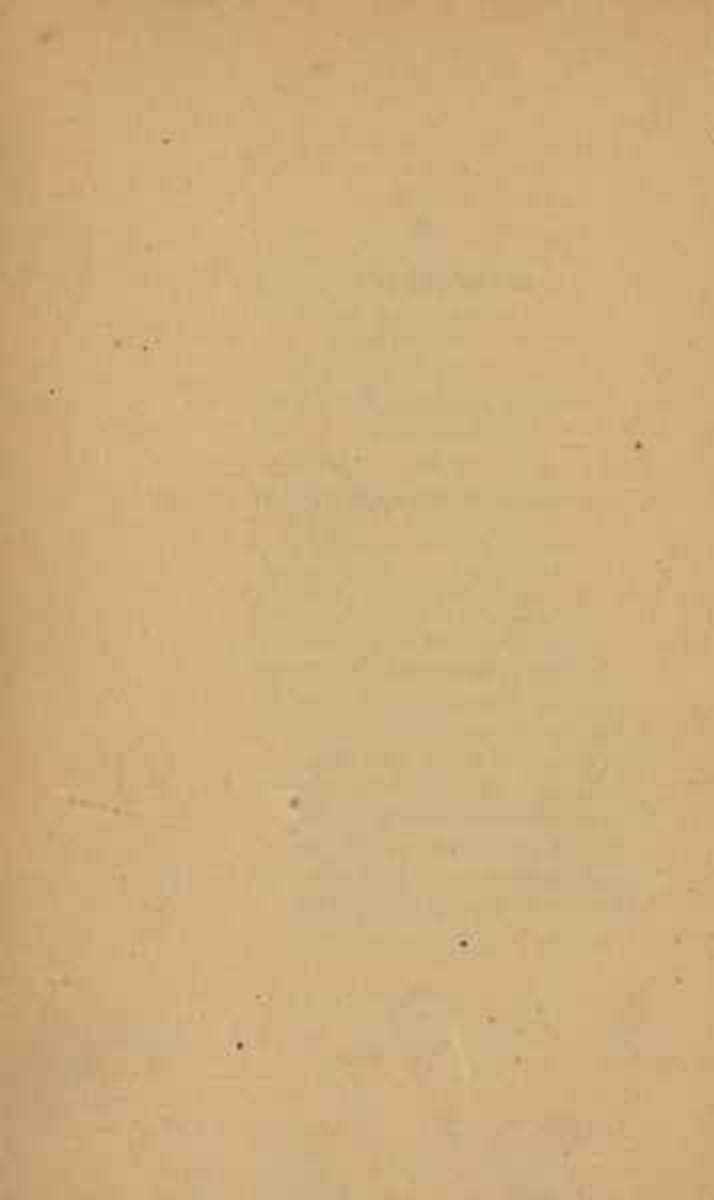
DE LOS SUICIDAS

Proxima deinde tenent moesti loca, qui sibi letum.

(EN. LIB. VI.)

.
Ocupan un lugar, de allí no lejos,
Los tristes que se abrieron, ¡desdichados!
La negra tumba con su mano misma.
Y el sol odiando y su perenne lumbre,
De sí arrojaron á sus propias almas.
Cuánto en la tierra ya mejor quisieran
Sufrir miserias y trabajos rudos!
El Hado, empero, védalo; y la Estigia,
Lago ingrato con ondas pavorosas,
Con nueve vueltas los retiene y ciñe.





INDICE

Págs.

HORACIO

<i>Maecenas, atavis edite regibus.. . . .</i>	7
<i>Iam satis terris nivis atque dirae.</i>	9

• OVIDIO

<i>Parve, nec invideo, sine me, liber ibis in Urbem.. . . .</i>	13 •
<i>Cum subit illius tristissima noctis-imago.</i>	19

CATULLO

<i>Marrucine, Asini, manu sinistra.. . . .</i>	25
<i>Ni te plus oculis meis amarem.. . . .</i>	27
<i>Suffenus iste, Varre, quem probe nosti.</i>	31
<i>Egnatius, quod candidos habet dentes.. . . .</i>	33
<i>Ille mihi par esse deo videtur.</i>	37

TIBULLO

<i>Quid fuit horrendus primus qui protulit euses.. . . .</i>	39
--	----

PROPERCIO

<i>Praetor ab Illyricis venit modo, Cynthia te.</i>	45
---	----

MARCIAL

<i>Hic ubi sidereus proprior videt astra colossus.</i>	49
<i>Quae tam seposita est, quae gens tam barbara, Caesar.</i> . .	51
<i>Turba gravis paci placidaeque inimica quieti.</i>	53
<i>Iunctam Pasiphaem dicteo credite tauro.</i>	55
<i>Itur ad Herculei gelidas qua Tiburis arces.</i>	57
<i>Vir celtiberis non tacende gentibus.</i>	59
<i>Scripsi, rescripsit. nil Naevia; non dabit ergo.</i>	63
<i>Bajana nostri villa, Basse Faustini.</i>	65
<i>Esse nihil dicis quisquid petis, improbe Cinna.</i>	71
<i>Puella senibus dulcior mihi.</i>	73
<i>Si tristi domicaenio laboras.</i>	75
<i>Si tiburtinae crescat tibi Sylva Dianae.</i>	79
<i>Dic, toga, facundi gratum mihi munus amici.</i>	81
<i>Hoplomachus nunc est: fueras ophtalmicus ante.</i>	85
<i>In tartesiacis domus es notissima terris.</i>	87
<i>Natales mihi Martiae Kalendae.</i>	91
<i>Septima iam Phileros, tibi conditor uxor in agro.</i> . . .	93
<i>Vitam quae faciunt beatorem.</i>	95
<i>Pyrrae filia, Nestoris noverca.</i>	97
<i>Saepe loquar minimum gentes quod, Avite, remotas.</i> . .	99
<i>Uncto Corduba laetior Venafro.</i>	101
<i>Boetis olivifera crinem redimite coronam.</i>	103

IUVENAL

<i>Dum tu forsitan inquietus erras.</i>	105
---	-----

Proxima deinde tenent moesti loca, qui stertant.

107





Sig.: D 1 5178

Tit.: Traducciones de poetas latinos

Aut.:

Cód.: 1086811

